

EDITORIAL

POPULISMO... ERES TÚ

El populismo político siempre supone un gran peligro porque desorienta a la gente, crea expectativas excesivas o, por el contrario, prioriza objetivos que claramente no son prioritarios o simplemente son imposibles de alcanzar. Este trabajo es inútil o dañino, porque el populismo no tiene nada de bueno. Si querías escuchar mi opinión sobre este tema, eso es lo que pienso. Por regla general, esto lo hacen en aras de la conveniencia política quienes no se preocupan por las consecuencias, quienes no piensan ni un paso adelante, quienes no quieren pensar y no tienen la intención de cumplir sus compromisos.

(Vladimir Putin, 2016, entrevista a Nippon TV y al diario Yomiuri).

A veces las palabras se llenan tanto de significado que estallan y dejan de resultar útiles para caracterizar la realidad. En la era del populismo, ¿sabríamos siquiera definir este concepto? En los últimos años, el término se ha vuelto omnipresente en la discusión política al calor del surgimiento en Europa de iniciativas y movimientos que escapan a las formas y dinámicas consolidadas a partir de la II Guerra Mundial —o con posterioridad, en el caso de aquellos países sometidos a regímenes dictatoriales hasta más adelante— y que se han considerado asimilables a las que han existido en otras partes del globo —como en América Latina— y en otros momentos de la historia —desde los *narodniki* rusos al *People's Party* estadounidense. De la mano ha ido un creciente interés académico por el estudio y la teorización de este tipo de movimientos políticos; un interés que no ha sido ajeno a la batalla dialéctica que se producía en otros ámbitos sociales y que también se ha trasladado al propio debate académico.

Y es que, más allá de la imprecisión conceptual con la que habitualmente se utiliza, en términos estrictamente políticos domina una connotación peyorativa del término y sus derivados. No ha pasado mucho tiempo, pero muy lejos parecen quedar aquellas reivindicaciones orgullosas como la que hacía Carlos Fernández Liria. Prima el uso adjetivo —populista—, que se arroja a diestra y siniestra para

desacreditar a los adversarios en la pugna por definir el campo de la práctica política aceptable. Las fronteras de ese campo son endebles y muchas son las amenazas que se ciernen desde fuera, se nos advierte, pero, desde dentro, ¿qué se le opone?

Al definir la democracia liberal por lo que no es se corre el riesgo de vaciarla de contenido y transformarla discursivamente en un campo social y políticamente homogéneo en el que los conceptos totalizantes pueden operar con facilidad para justificar las mayores aberraciones. Por ejemplo, hoy es frecuente escuchar a los representantes de los partidos políticos, y de manera más amplia a los profesionales de los medios de comunicación, interpretar los resultados electorales como si verdaderamente reflejaran la voz del pueblo, como si, en un proceso auténticamente deliberativo, los españoles en su conjunto hubieran decidido enviar a tal o cual partido al gobierno o a la oposición o mandar a un ejecutivo para que se lanzara a tal o cual empresa. Esa construcción artificiosa busca legitimidad o justificación, incluso para las amenazas a la democracia, en un pretendido consenso que vela la diversidad y el disenso que existen tanto dentro como fuera del marco del proceso electoral, así como en la práctica política cotidiana. Dentro de ese discurso, lo populista enmascara lo popular de la política —como, por otra parte, acaso hagan también quienes se sienten en la necesidad de ir hacia el pueblo. Y en tanto que el mito del consenso, de la posibilidad de la concordia, se enraíza en un pasado para el que se reivindica una vigencia atemporal, los cambios en la manera de entender ese mito e incluso sus fundamentos mismos, y de basar en ello una práctica política distinta —aunque solo sea generacionalmente distinta— o hasta alternativa, se enfrentan al ostracismo.

En el interior vacío la práctica política aceptable, lo populista, construido como el Otro de lo democrático e identificado con personas y partidos concretos, permite que vaguen inadvertidas prácticas políticas que en otros tiempos quizá se habrían calificado de demagógicas, pero que hoy no reciben ese calificativo porque se enuncian desde el que se considera el lado correcto de esa frontera e incluso se integran en su institucionalidad. Y es que ausencia de una constitucionalidad militante y de una práctica democrática cotidiana, en un país como España, el orden constitucional y los Estatutos de Autonomía se pueden estirar para dar cabida a sus principales amenazas y socavar sus propios fundamentos. Quizá nos daríamos mejor cuenta del riesgo que ello supone si obviáramos los formalismos, dejáramos de pensar que populistas son solo las personas, los partidos y sus discursos, y empezáramos a considerar también todas aquellas conductas que no se identifican abiertamente como tales por cuanto se considera que discurren por los cauces de lo aceptable, pero que operan en el mismo sentido sobre la realidad. Se preguntaba Germán Labrador si democracia era aquel régimen institucional que se instauró en 1978 o lo eran todas aquellas prácticas colectivas, algunas ya ampliamente arraigadas, que desde hacía años iban adoptando sectores cada vez más amplios de la sociedad. ¿No hay acaso un espectro más amplio de actitudes populistas incluso entre

quienes reclaman defender la democracia liberal? Podríamos, por ejemplo, denunciar de muchas maneras que el funcionamiento de las instituciones se pervierte para beneficio de quienes ejercen los puestos de responsabilidad y sus afines, pero si enunciáramos nuestra opinión como una crítica contra los «chiringuitos», ¿no estaríamos, discursivamente al menos, un paso más cerca de lanzar una diatriba contra la casta política? Deberíamos entonces preguntarnos cuáles son esas prácticas y, con Laclau y Mouffe, cómo se articulan políticamente —en cuyo caso habrá que reconocer que hoy apenas queda nada que articular en torno a un núcleo irradiador orgullosamente populista.

Siendo, como es, un término tan cargado políticamente, ¿puede resultar útil como herramienta de análisis histórico y social? ¿No se observa hoy, además, una cierta inflación en su uso? El populismo, convertido en etiqueta, pierde valor, y aunque a veces sirva para ganar espacios, incluso editoriales, en otras ocasiones debe ser motivo de rechazo: no pueden valer ni los análisis prefabricados ni la comodidad intelectual que supone adaptar nuestros casos de estudio a cualquier moda académica. Ciertamente, no es el caso de los tres artículos que, junto con la introducción de su coordinador, Julio Ponce, conforman el monográfico que incluimos en este volumen. Los tres representan un esfuerzo claro por dotar al término de solidez conceptual y por testar los límites de su operatividad. A partir de ellos, podemos preguntarnos: ¿dónde reside entonces el valor del término y en qué medida es una herramienta analítica útil?

Una de las críticas habituales es que el concepto es tan elástico que no proporciona una buena lente para observar la realidad. ¿No sería más adecuado utilizar conceptos con un mayor grado de concreción y, por lo tanto, más precisos? Aunque, en ese caso, ¿no nos perderíamos lo que tales fenómenos tienen en común, más allá de sus diferencias? Quizá entonces el principal valor del concepto sea que nos permite mirar más allá de experiencias individuales, trascender sus características distintivas y cuestionarnos sus diferencias y sus semejanzas tanto de manera sincrónica como diacrónica. Además del valor comparativo, una reflexión elaborada sobre el concepto contrasta con la tendencia a reducir lo populista a un líder, a una organización o a un movimiento y a analizar las condiciones sociales en las que estos surgen y se desarrollan. En esa clave no cabe sino una lectura histórica del populismo, aun cuando sea en lo inmediato, tanto por la profundidad cronológica de los fenómenos estudiados como porque debemos integrarlos dentro de una genealogía mucho más amplia. Incluso en el caso de aquellos de más rabiosa actualidad debemos preguntarnos por los cambios que han posibilitado su surgimiento. En perspectiva histórica, además, el populismo se vuelve sobre sí mismo y adquiere un valor performativo. Nombrar y nombrarse como populista evocan pasados, imaginarios y expectativas que condicionan las actitudes tanto de quienes participan en esas iniciativas políticas como en quienes las observan desde fuera, sea con recelo o con simpatía.

Hablar de populismo nos coloca en el camino de las utopías y de las distopías, que ya hemos recorrido en otras ocasiones y al que es necesario volver. Hoy, que parecen cumplirse, o que se observan cada vez más cercanas, algunas de las profecías antiutópicas que nacieron en el curso del siglo XX, nos vemos lastrados por un escepticismo, fruto de las crisis, económicas, pero también ambientales, sociales y de valores, que parece limitar nuestra capacidad para articular soluciones que no sean la de apretar los dientes y aguantar —resiliencia, lo llaman. Sobre utopías y distopías, a veces dos caras de la misma moneda, y sobre la posibilidad de imaginar mundos otros reflexionaremos en la sección monográfica del próximo número de *El Futuro del Pasado*.

Álvaro Carvajal Castro e Iván Pérez Miranda
Directores de *El Futuro del Pasado*